

CAPÍTULO III. *De los ministros de el demonio que servían en sus casas y templos entre los idólatras*



DL DEMONIO, EN LOS TEMPLOS que por el mundo ha tenido y tiene, ha tenido ministros en mucho número, con los cuales no sólo se ha pretendido servir sino también engañar las gentes (como luego veremos) para que, fiados de su dicho y parecer, no hiciesen más averiguación para buscar mejor señor y dueño que el de aquellos falsos y abominables ministros de Satanás; y que asidos de sus yerros bajasen al infierno con ellos. Los primeros que en el presente capítulo se me ofrecen para tratar dellos son los de estas indianas y occidentales gentes, los cuales referidos y divididos en órdenes y clases harán más fácil la inteligencia de los que fueron más antiguos en Egipto, Grecia, Roma y otras partes, pues el demonio que los engañaba a todos buscaba modos en aquéllos para ilustrarse y hacerse famoso en éstos. Éstos tenían muchas órdenes y grados diversos y nombres, según los oficios que ejercitaban y ministerios a que acudían; porque había summo pontífice o summo sacerdote; había pontífice menor, inferior al sumo pontífice, y a este menor eran inferiores los comunes sacerdotes.

No sólo no se cortaban el cabello estos sacerdotes dichos, pero dejábanlo crecer todo lo posible y había muchos que les llegaba a las corvas y más, a manera de los nazareos de el testamento viejo. Era negro como azabache, tranzábanlo algunas veces todo junto, haciendo una madeja de él tan gruesa como el brazo. Tenían (como hemos dicho) el cabello muy sucio y feo, porque jamás lo lavaban ni peinaban; añadía a su fealdad que ellos mismos se tiznaban y cubrían con unas mantas negras, de dos varas en cuadro, que con semejante aderezo y postura, bien dijera el que los viera, de los que conocen a Dios y saben la limpieza que en sus ministros pide, cuán de veras eran ministros de el demonio y sacerdotes sucios, detestables y feos, de aquel padre de mentira que los engañaba y traía ciegos, para que no vieran por aquella suciedad exterior la interior de sus conciencias y almas. Diferenciábase el sumo pontífice o sacerdote de los otros en traer colgada y asida de el pecho una borla de algodón, como en señal de preeminencia y mayoría. Llamábase teotecuhtli, que es como decir el supremo sobre todos los consagrados y dedicados a Dios, y que tiene jurisdicción y poderío sobre todos ellos. Al pontífice menor nombraban hueiteupixqui, que quiere decir grande oficial de Dios o grande guarda de las cosas de Dios. Y los sacerdotes comunes se llamaban teupizque, que quiere decir oficiales o guardas de dios, de teutl, que es dios y pixqui, que es guarda u oficial, a cuyo cargo está la cosa.

